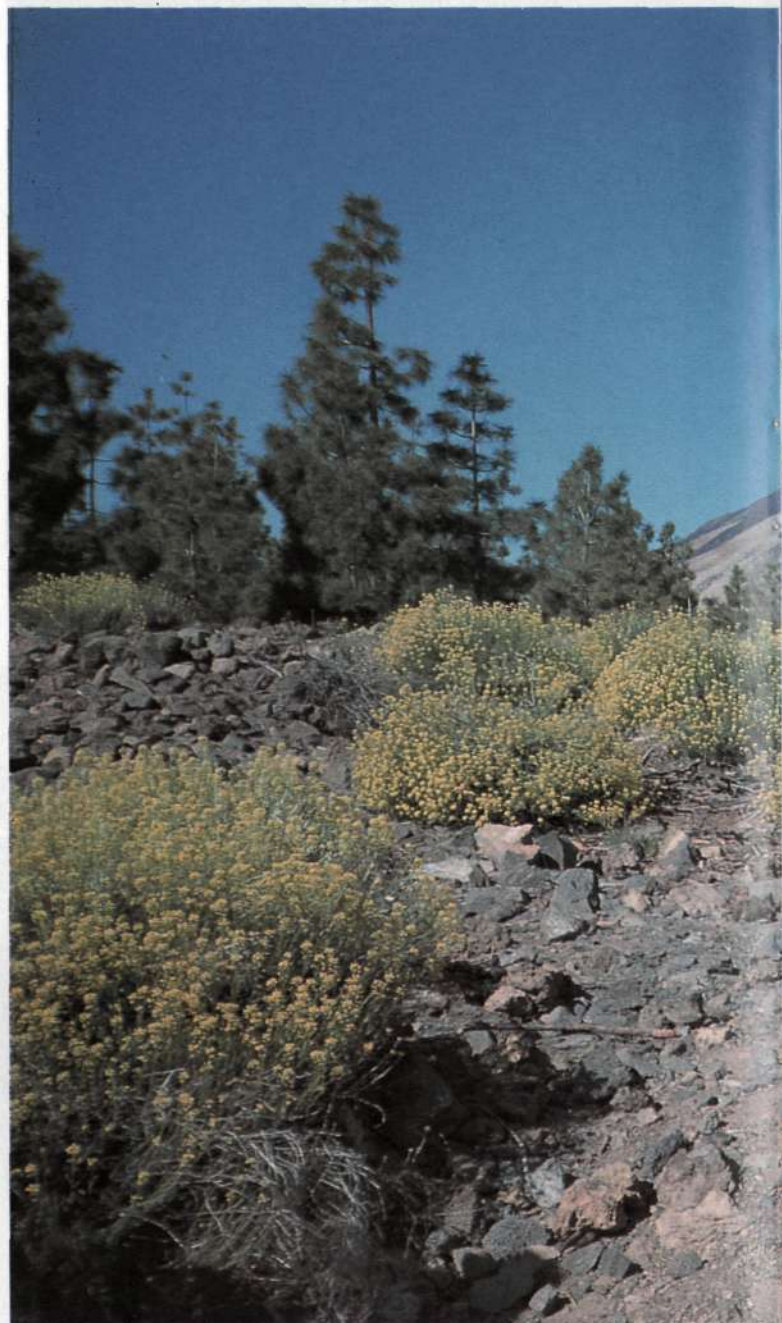


Los hijos del Teide: del culto al consumo

JOSE LUIS IRIGOYEN

PYRENAICA jadanik argitaratua den igoera bati buruzko artikulua errepikatzen dugu. 1928ko udako Pyrenaicaren 10. zenbakja lortu ahal dutenei, Andres Espinosak urte horretako Uztailaren 11tik 13ra, La Orotavatik irteñez, Teidera egin zuen igoera kontatzen zuen artikulua irakurtzea gomendatzen diegu. ¡Nola imaginatu zuen Espinosak, bere lirismo sutsuan, egunero teleferikoa gailurrera jaurtiko zuen turista oldea. 50 urte geroago!



PUERTO de la Cruz (Tenerife). Son las 8,15 de la mañana de un 20 de agosto. Los vientos alisios hacen que se retrase el amanecer, pero contribuyen con sus nubes a mantener de día y de noche una temperatura agradable, tanto para la rica vegetación del norte de la Isla como para las personas que la habitan o visitan (*).

Tenerife, la Isla del Infierno

Me acerco a la playa de Martiánez. Playa de arenilla negra, fruto de la descomposición de las rocas de basalto. Onde a la bandera roja. Peligro. El mar está agitado. Acaricio sus aguas, y con la mochila a cuestas, y entre palmeras, comienzo a cubrir a pie los 3.718 m. del Teide, considerado por su situación como la mayor altitud del mundo en proyección directa desde el nivel del mar.

(*) Ver «Tenerife: el Teide», de Andrés Espinosa, Pyrenaica n.º 10, 1928.

Voy sin prisas y aprovecho todas las oportunidades para charlar con los campesinos que cuidan las plataneras y con los ancianos que descansan en cualquier banco ocasional. Les comento mi intención de seguir hasta el Pico andando y siempre me hacen la misma pregunta:

—¿Qué, le has hecho alguna promesa?

—¿A quién? —contesto.

—A nuestro Teide —me responden.

Mientras subo las empinadas cuestas del fértil y maravilloso valle de La Orotava voy pensando qué significan estas frases y me decido a indagar en adelante sobre las relaciones de los isleños con su montaña, la más esbelta de la tierra.

«Para nosotros, me dice una persona mayor, el Teide lo es todo. Nosotros somos sus hijos. De lo más alto se divisan las siete islas y desde cada isla se ve el Pico. Es como nuestro pastor. Nos mira, cuida y protege. Nuestras vidas y tierras han nacido del fuego de su corazón y dependen únicamente de su voluntad.»

Y parece que siempre lo han creído así. Tanto los primitivos guanches, cromañoides venidos desde las costas norteafricanas y evolucionados sobre todo en Tenerife, como los navegantes fenicios, cartagineses o romanos que le visitaban.

En la antigüedad clásica se llamaba a Tenerife la Isla del Infierno, por el fuego de sus entrañas. Los romanos, fijándose en las nieves que cubrían sus cumbres, la llamaron Nivaria. El mismo nombre actual de la Isla significa en el dialecto guanche de La Palma: «Tener», Montaña e «lfe», Blanca.

El gran historiador canario Joseph de Viera y Clavijo, en su obra «Noticias de la Historia General de las Islas Canarias», dice cómo «los antiguos guanches, testigos de los formidables torrentes de fuego que vomitaba el Pico, le llamaron Etcheide, como quien dice "infierno", de cuya voz se derivó el nombre de Teide o Teida, que han conservado los nuevos habitantes. Por el mismo motivo los europeos llamaron a la Isla Infierno...» (Tomo I, pág. 227).



Fotos: Jesús M. Alquezar.

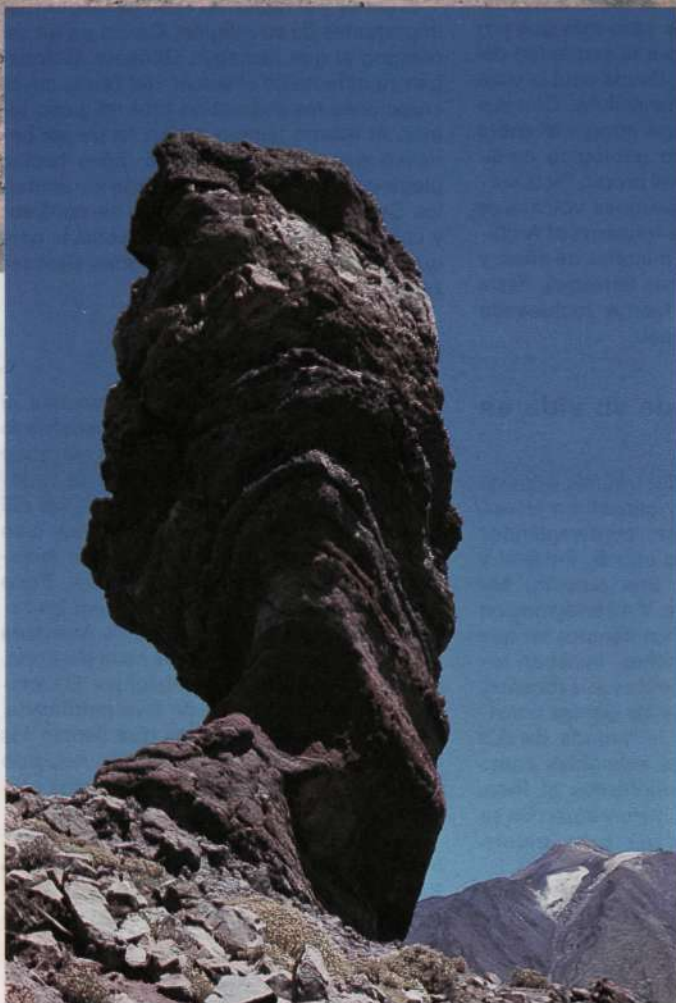


Foto: Antonio Ortega.

El cono del Teide desde las proximidades de Montaña Blanca. «El Teide es considerado por su situación como la mayor altitud del mundo en proyección directa desde el nivel del mar.»

La Orotava que arrodilló a Humboldt

Todo el valle de La Orotava está cubierto de casas. En el centro se sitúa el núcleo mayor. Fue la población más importante del mencezagro de Taoro. Sus casas señoriales, sus iglesias y conventos, su famosa casa de los balcones y tantos bellos rincones así lo confirman. El estar situado en el corazón del legendario jardín de las Hespérides, bañado por el océano Atlántico y rematado por la cumbre de la Isla, hace que sea el valle más rico, ameno y delicioso del mundo. A finales del siglo XVIII un naturalista europeo, el barón alemán Alejandro von Humboldt, establecía en Tamaide, justo debajo de la cueva del Mencey Bencomo, las bases descriptivas de los pisos de vegetación del Valle, que más tarde constituirían los cimientos de la educación ambiental moderna. Según se dice, en este lugar llamado actualmente el Mirador de Himboldt, el naturalista se hincó de rodillas para dar gracias a Dios por el

Los Roques. Las cañadas del Teide.



**Drago milenario;
al fondo el Teide.**

paisaje más hermoso que había visto en su vida: el Valle de La Orotava.

Los senderos antiguos que surcaban el Valle en todas las direcciones: viñas, huertas, jardines, ermitas, bodegas, montañas..., han desaparecido y en su lugar se han trazado un sinfín de carreteras y callejuelas, que comunican la multitud de casas, situadas de tal forma que parecen localidades de un anfiteatro.

Es media mañana. Las calles están pobladas de niños, ancianos y jóvenes en paro. Con ellos me detengo con frecuencia. Unas veces para descansar y otras para preguntarle por el camino más corto. Todos son muy amables. Nunca tienen prisa. Y me da la sensación de que conocen muy bien su tierra. Les agrada el verme caminando hacia su monte santo con esfuerzo e ilusión.

Aguamansa, oasis en una montaña donde la fauna escasea

En pleno bosque de pinos autóctonos canarios se encuentra el paraje de Aguamansa. Lugar de laderas escarpadas y aguas abundantes, donde el 12 de junio de 1974 comenzó a funcionar una piscifactoría, el único vivero de truchas de las Islas. Nació como una atracción turística, en un principio con percas y actualmente con truchas «Arco iris». Las piezas mayores se ponen a la venta, al no existir ríos de agua dulce. Los huevos son importados de la Península ya que no se puede conseguir la reproducción por la temperatura del agua, que nunca baja de 16° y estos peces necesitan para ello entre los 3 y los 6 grados.

Siempre resulta agradable visitar criaderos. Es un canto a la vida y al futuro. Aguamansa es un oasis en una montaña donde la fauna escasea. Pinzón azul, alcaudón, caminero, mosquitero, cernícalo, paloma, perdices, insectos, lagartos, erizos y conejos, son los principales habitantes de los bellos parajes del Teide. La flora es más rica, y además propia de estos lugares. El *Pinus canariensis* ocupa las zonas bajas. Sus acículas son largas y forman grupos de a tres. Cuando caen al suelo la recogen los ganaderos para cama en sus establos.

Mezclada con el pino aparece la laurisilva, una de las formaciones arbóreas más conocidas de Canarias. Son endemismos de gran parte y hojas de tipo lauroide. A dos mil metros desaparecen los pinos para dar lugar a formaciones de leguminosas frutenses de escobón (*Cytisus proliferus*) y retama (*Spartocytisus supranubius*). Pero entre la flora sobresale el mítico dragó, la vegetación más antigua conocida, superviviente de la era de los glaciares, que no afectó a Tenerife.

Izaña, mirador frente al Teide

Son las 6 de la tarde. Me encuentro a 2.388 metros en el Cabezón de Izaña. Diversas antenas y observatorios astrofísicos y meteorológicos coronan la loma alargada. El ambiente es sofocante, pero más que por la temperatura (23,5°), por la sequedad del aire (30% de humedad). Desde aquí la vista que ofrece el Teide es maravillosa. Con sus 3.718 m. de altura emerge arrogante sobre un excepcional conjunto geológico constituido por las Cañadas y el propio Pico, surgido a raíz de las convulsiones volcánicas del océano Atlántico que formaron el Archipiélago canario hace 40 millones de años, y que posteriores erupciones terrestres, hasta finales del siglo XVIII, fueron moldeando hasta llegar al estado actual.

Los guanches, toda su vida en torno al Teide

El Teide lo domina todo. Infunde admiración y respeto. Lejanía y cercanía a la vez. Me dedico a estar sin prisas, contemplándolo horas seguidas. Hablo con él. Entre él y yo surge una relación, una oración. Me siento más vivo, más libre. Y mi imaginación vuela hacia atrás. Hacia los tiempos en que los aborígenes, los guanches, llenaban todos estos parajes con su vida y sus rebaños. Tiempos en los que aquellas gentes consideraban al Teide como la morada de sus dioses. Todas las cuevas escogidas como viviendas debían estar orientadas al Pico. De sus entrañas extraían hielo y agua. De su cima azufre. De sus laderas caza, pastos, abono y piedras para sus cabañas.

Y cuando era elegido el mencey, jefe de cada valle, juraba su cargo por el Teide y por

los huesos de sus mayores, que guardaban con celo y orgullo. Tenerife fue la última isla canaria en ser conquistada. La atacaron los guerreros españoles el 4 de mayo de 1494. Se vieron obligados a detenerse en su marcha hacia el interior, al mando de Alfonso de Lugo, ante la presencia de los guanches. Quebehi-Bencono, mencey de Taoro, les recibió arengando a los suyos con estas palabras: «Mirad, esa gente pusilámene se detiene a nuestro solo aspecto. Por el Etheide y por los huesos de mi abuelo, juro que se acordarán de mí.»

Sigue diciendo Salvador López Herrera, en su obra «Las Islas Canarias a través de su Historia», que se reunieron los menceys de los nueve valles de la Isla y con sus hombres los sorprendieron y derrotaron en la profundidad del Valle de Acentejo, donde hoy se sitúa el pueblo de Matanza. Los conquistadores se reagruparon y, fortalecidos con gentes venidas de otras islas ya conquistadas, dominaron definitivamente a los guanches, a quienes sacaron gran parte como esclavos. En el lugar de la batalla existe hoy una población llamada Victoria.

Tenerife fue la última isla en perder su independencia, debido a su extensión, a su altitud y a la dificultad que ofrecían los acantilados y un mar casi siempre picado. Por todo esto los guanches de Tenerife eran los más primitivos. Ninguno de los objetos encontrados presentan signos decorativos. En otras islas en cambio abundan. Cuando llegaron los conquistadores permanecían en el Neolítico. No usaban el hierro. Su lenguaje era silbado. Tampoco conocían la navegación.

El temor y el fatalismo eran los rasgos más importantes de su religión. Creían en un ser maligno al que llamaban Guayota. Colocaban su infierno en el volcán del Teide, cuyas erupciones les inspiraban este religioso temor. Al mismo tiempo creían en un ser benéfico que vivía en el sol, a quien hacían plegarias. En ellas tomaban parte los animales. Separaban de los rebaños a los corderos y cabritos y los subían a las montañas para que balasen a sus dioses mientras ellos rezaban.

Hacia la cumbre

De madrugada parto con mi mochila al hombro, desde Izaña donde he descansado y pasado la noche. Por la carretera que sube desde La Laguna por el monte de La Esperanza me acerco al Centro de Visitantes del Portillo de las Cañadas. Un vídeo muy bien realizado te anima a vivir el embrujo indiscutible de estos rincones volcánicos. Poco después, cruzando penosamente por las zorreras, acumulación de lapilli, de Montaña Blanca, me sitúo en la misma base del cono. Ahora ya todo es silencio absoluto. El camino zigzaguea entre ríos de lava petrificada. Dos piedras enormes a las que llaman los Huevos del Teide me sirven de respaldo mientras termino el agua y como unos plátanos.

En algo más de media hora llego al confortable refugio de Altavista, situado a 3.260 m., remozado y regentado por personal del Cabildo Insular. El primitivo lo cons-

truyó en el siglo XIX Graham Tholler, científico británico afincado en La Orotava. Muy cerca, en dirección a la cima, se encuentra la famosa Cueva de Hielo de donde hasta hace 20 años lo extraían para sus negocios los comerciantes del Puerto de la Cruz. Entre las piedras de estas alturas y en junio de 1799 Alexander von Humboldt descubrió un endemismo canario: la violeta del Teide (*Viola cheiranthifolia*). Con este nombre se le conoce en todos los libros de botánica.

Al día siguiente, aprovechando la luna llena, para cuando amaneció me encontraba ya en la cumbre. El Etcheide escupe gases a una temperatura de casi 90° centígrados, llamados solfataras, que convierten el aire del entorno en bocanadas de humo. El ácido sulfuroso da al ambiente un olor fuerte, parecido al de las aguas batuecas.

Desde allí todo es distinto. Con el calor de los primeros rayos del sol despiertan las islas, los bosques y el mar. Siento allá arriba, sobre las rocas de traquitas y fenolitas descompuestas por el azufre del cráter, cómo chilla en mis oídos el eco de la conciencia colectiva de todas las Islas Canarias. A lo lejos, en el océano, hacia la isla de La Palma, comienza a dibujarse la sombra triangular del Pico, coronado por mechones de humo. Los hijos del Teide, desparramados en los valles y costas de las diferentes islas, comienzan bajo su protección la aventura de un nuevo día. Todos tienen sus viviendas, como los primitivos guanches, orientados al Teide. Y cada mañana su primer saludo es un canto agradecido a la montaña que, aunque da señales de vida, duerme tranquilamente.

El Teide, objeto de peregrinación consumista

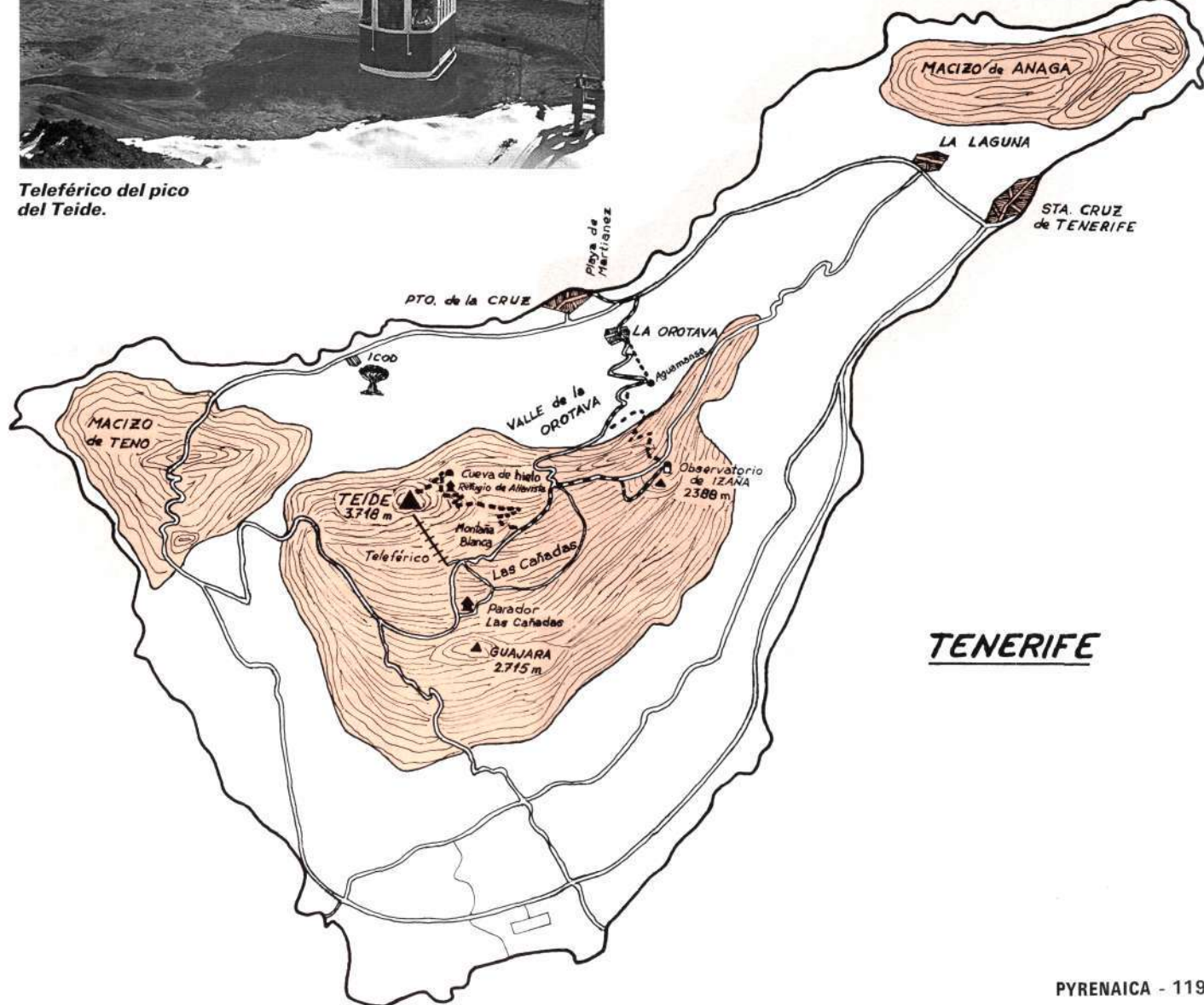
Son las 9,30 de la mañana. El teleférico ha hecho su primer viaje. Se oye el griterío de los turistas rompiendo el silencio de las alturas. Con sentimiento digo mi agur íntimo al Etcheide y comienzo a descender. Poco a poco la montaña se llenará de gentes de todos los rincones de Europa que, a la vez que han pisado el techo del Estado, habrán hecho también su techo particular en 20 minutos de «penosa y sacrificada» ascensión. Más de tres mil personas y sus correspondientes cámaras fotográficas, visitan diariamente la cumbre en peregrinación consumista.

El teleférico parte de 2.200 m. Hasta allí una muy estudiada flota de autobuses conduce a los montañeros circunstanciales desde los hoteles de la costa. En 8 minutos salva el desnivel de 1.200 m. en un recorrido de 2,5 km. Desde que hace 10 años comenzase a funcionar dejando a los pasajeros a 3.555 m., por unas pesetas, todo es distinto en estas montañas.

Hoy no se comprendería el turismo de Tenerife sin el Teide. Las postales no tendrían sentido. Su imagen adorna las toallas, camisetas, bolsos y vasos. Su nombre lo preside todo: cafeterías, hoteles, tiendas... Hasta



Teleférico del pico del Teide.





Refugio de Alta Vista, ya cerca de la cima.



Cerca ya del Teide superado el refugio.



Trepando los últimos metros para llegar a la cumbre. Se observa el humo que brota del cráter.



En la cumbre.

Mike Oldfield, el músico americano de moda en los últimos años, ha dedicado la preciosa canción «Mount Teide» a la cumbre tinerfeña. No cabe duda que una de las fuentes de ingreso más fuerte y uno de los sustentos del turismo es hoy la geología volcánica y la figura espectacular de esta montaña.

Pero no siempre van juntos turismo y riqueza. El turismo en Canarias ha creado mucho paro, dando actualmente el índice más alto del Estado. Se ha abandonado la agricultura y la ganadería. Los nativos se han visto sometidos al ritmo de vida artificial de los turistas. Sus costumbres milenarias han sido suplantadas por la última moda que viven los visitantes. Los precios son altos. Y también para ellos. Se ha construido en barrancos y zonas naturales, ecológicamente muy ricas. Los más concienciados tienen miedo a que algún día la naturaleza pase factura.

Este consumismo desbordante ha llegado a modificar el mismo cono del Teide al desplazar las suaves rocas de pomis con las pisadas o al llevárselas, unas veces como material de estudio y otras como recuerdo de la visita. Es ya tan fuerte el interés comercial, que resulta muy difícil el echar marcha atrás. Algunos hablan de inutilizar el teleférico, otros de restringir el número de personas y crear guías que conduzcan a los grupos organizados por el Parque Nacional. Está demostrado que la continuada presencia humana altera ciertas características medioambientales, absolutamente necesarias para su normal proceso vital.

Ultimamente el Teide ha llegado incluso a ser centro de polémicas municipales. En 1984 nueve ayuntamientos reclamaron su propiedad para estudiar la posibilidad de establecer tasas de entrada a todo el Parque Nacional de las Cañadas. El tema se trató en el Ayuntamiento de La Orotava, aunque el resultado del estudio, si es que se hizo, nadie lo sabe.

Armonía del paisaje: aún existen soluciones

Es cierto que van surgiendo voces que exigen un respeto paisajístico ante los nuevos planes de las inmobiliarias. El futuro de las Islas debe basarse en la combinación de una cultura alternativa (con medidas como la inversión en la tierra, el fomento de cooperativas, la planificación de un mercado interno, y externo donde comercializar racionalmente los productos...) junto a una oferta turística basada en el respeto al entorno natural y al paisaje.

Durante miles de años han estado los aborígenes canarios mirando y admirando su Pico. Orgullosos de él. En perfecta armonía, y a su sombra, han convivido pescadores y pastores. La retama y el cernícalo. El lagarto tizón y el erizo moruno. La violeta y el pequeño mosquitero. Guajara e Izaña. El pino y la laurisilva. El tajinaste y la strelitzia. Pero han bastado 15 años, un turismo incontrolado e inmobiliarias sin escrúpulos, para que todo sea diferente. Para que la muerte amenace a miles de años de vida exuberante. Todavía existen soluciones. La última palabra la tienen los hijos del Teide.